



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tifs. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Eliche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Lejas populares

I
■ **Lejas populares**, si ayer funcionando a favor del uso personal, hoy ya sólo escenografía de un recuerdo. A la mano, lozas murcianas, correspondientes a los alfares de Totana, Aledo, Lorca, Mula... Cerámica bamboleante a lomos de un borrico, por las calles pregona una día a voz en grito, tal filacteria salida de la boca del vendedor.

He aquí la jarra de picos, aquella que una tarde calmó la sed de unos novios huertanos, así sellando el reconocimiento oficial de su noviazgo; el plato de letras azules, con las que alguien se encargó de estampar el nombre de su futura dueña: «Soy de Fuensanta. Año 1910»; la taza que conoció el humeante caldo de gallina con destino a un enfermo entrañable... Ya todo hoy materia museable, nunca vencida, sin embargo, por los catálogos en cuché de los grandes almacenes.

En leja popular, la historia misma. Gusto de alcanzarla con los ojos, pequeño altar familiar, reluciente todo él, sin un sólo gramo de polvo, tal la misma patena.

—¿Como los chorros del oro quiere usted decir?
—Mismamente, señor.

II
■ **En la guía telefónica**, cada vez más obesa y necesaria, figura el nombre de la que puede resultar la niña de los ojos del usuario, la que de verdad va a hacerle tilín, quiere decirse la mujer de sus sueños. Claro, lo difícil es encontrar su nombre.

III
■ **Ea, por fin**, una vez finiquitada la

Liga, volvió el hombre a la sosegada amistad con el libro.



IV
■ **Desde el balcón** abierto se veía lo que de incuria municipal mantenían las esbeltas palmeras urbanas, en otro tiempo lozanas y gentiles, hoy a caballo entre la brocha de afeitar y el escobón de la limpieza.

V
■ **Parece ser que** la estatua de Frank Sinatra, en bronce levantada en mitad del Times Square, ¡tendrá voz! Si el ejemplo cunde, ¡menudo sobresalto el de nuestras parejas de novios provincianos, amartelados al pie de la estatua en honor del benefactor local erigida, cuando sonara su campanada voz, amonestándoles:
—¡Más formalidad, amiguetes!

VI
■ **Primer baño** de la temporada. Pecas en la piel de la bañista.
—¿Quién te roció de canela, niña?

VII
El minicuento semanal
CASI ROMANCE DE DOÑA LAURITA Y DON ABDÓN

■ **Todas las mañanas**, desayunos por medio, venían a coincidir en la Gran Cafetería doña Laurita y don Abdón, camino del Centro Escolar en el que ocupaba el cargo de directora, ella; enderezando sus pasos hacia el Centro Médico donde asumía un importante cargo, él.

Bastó al principio un cruce de discretas miradas; un conato de mutuas simpatías luego, motivado mitad por la costumbre de



sus respectivas presencias, mitad por una evidente atracción, aquella que acabaría convirtiéndole en buenos amigos y en la que el pronombre tú iba a sustituir pronto a la solemnidad, un tanto incómoda, del usted. Sólo eso bastó.

Debió entender la talluda doña Laurita, soltera por vocación según ella, que nunca, sin embargo, es tarde para el amor, como así se venía a certificar en la letra de uno de aquellos boleros —su debilidad—, a lo que tan aficionada venía a salir, hasta el extremo de que tardes entera de domingo había de gastarlas en confeccionar ella misma muy personales y coloristas letras de bolero, en las que siempre un amor tardío —¿el suyo?— acababa por triunfar en la última estrofa.

¿Presentía don Abdón, por su parte, frente a los más o menos armoniosos kilos, un tanto caudalosos, de doña Laurita, no del todo disimulados por sus chales color lila, algo más que una simple amistad aderezada por una intrascendente conversación mañanera?

Lo cierto es que los desayunos, atraentes como un imán para ambos, se sucedían unos tras otros, semana tras semana, mes tras mes, hasta que una mañana, ay, doña Laurita tuvo que desayunar sola, soledad que se fue repitiendo durante una semana, tras la cual un camarero de la Gran Cafetería notificó a doña Laurita la terrible nueva: la grave enfermedad de don Abdón, a la sazón ingresado en la «uvi» de su centro médico, hasta el cual, a los pocos minutos, llegaba en apresurado taxi doña Laurita.

¡Sorpresas inesperadas las que, a veces, ofrece la vida! En la sala de espera en la que doña Laurita fue introducida, vino a tropezarse la cuitada, al cabo de muchos años, con su amiga Lola Antúnez, es decir, con lo que quedaba de Lola Antúnez, ayer su compañera en la Escuela de Magisterio, un día envidiable bellezón, hoy caricatura de sí misma, por el exceso de su maquillaje, amén del paso del tiempo, inmisericorde por lo visto.

—El mundo es un pañuelo, Lola, hija. ¡La de años sin vernos! Pero, bueno, ¿qué haces tú aquí? ¿Algún familiar enfermo?

Rompió en llanto la Antúnez. Aclaró, al fin, explícita:

—¡Ay, Laurita, una total tragedia! Tengo aquí, hospitalizado, en su propio hospital, a Abdón, mi marido, en coma irreversible. De esta no sale. Sabes que, aunque ya entrada en años,

me casé. Un matrimonio de conveniencia, lo reconozco. Sin embargo, no le deseo a nadie esta amenaza de la viudez. ¡Ya ves Laurita, en qué circunstancias tan tristes volvemos a encontrarnos!

Fallecido don Abdón pocos días después, doña Laurita continuó asistiendo a sus desayunos en la Gran Cafetería. Dulzona nostalgia por medio, en solitario tenía tiempo de repasar la prensa y hasta de componer la letra de alguno que otro bolero en el que siempre la palabra «corazón» rimaba con «Abdón».



VIII
■ **Meditación ante el mar**, recién estrenada la vacación. Ambos tostándose sobre la arena, para

el respetable don Homobono el sol continúa siendo nada menos que el astro luminoso, centro de nuestro sistema planetario; para Borja, su nieto, una rutilante bola de discoteca.

IX
■ **Bodegón de Murcia**. El tapeo. No pocas noticias para andar por casa, libros enteros demanda el tema. De hecho, buenas plumas se han ocupado y ocupan del mismo.

¿Recuerda el lector lo que un día fue el «nodo» a la película? Así viene a resultar el tapeo a la comida formal que después aguarda sobre el mantel casero.

—¿Ustedes gustan?

X
■ **Secreta aspiración**.

—Lo que en el fondo a nosotras nos gustaría es ser «chicas Almodóvar».

